

IV

Desde entonces, Lucas el constructor, el fundador de pueblos volvió en sí, quiso, obró, y los hombres y las piedras se levantaron á su voz. Se vió al apostol en su misión, en su fuerza, en su alegría; estaba muy contento, dirigía la lucha de la Crécherie contra el Abismo con triunfante animación, conquistando poco á poco las almas y las cosas, gracias al anhelo de amor y de dicha que esparcía en torno de sí. Su ciudad fundada tenía que devolverle á Josina. Con Josina serían salvados los miserables de toda la tierra. En ello había puesto su fe y trabajaba por y para el amor, seguro de vencer.

Un día claro de cielo azul sorprendió una escena que le llenó de alegría, ternura y esperanza. Paseando alrededor de las dependencias de la fábrica, deseoso de vigilarlo todo, oyó de pronto voces ligeras, frescas carcajadas que venían de un rincón del dominio, al pie de la vertiente de los Montes Bleuses en el sitio en que un muro separaba los terrenos de la Crécherie de los del Abismo. Y habiéndose acercado con cautela queriendo ver sin ser visto, dió con el espectáculo delicioso de una bandada de niños que jugaban libremente bajo el sol devueltos á toda la inocencia fraternal de la tierra.

De la parte de acá de la pared estaba Nanet, que todos los días venía á buscar á sus camaradas, con Luciano y Antonieta Bonnaire, á quien debía de haber sacado de sus casillas, llevándoselos á una terrible caza de lagartijas. Los tres mirando al cielo reían, gritaban, mientras que del otro lado del muro otros niños que no se veían, reían y grita-

ban también. No era difícil comprender que había habido en casa de Nisa Delaveau un almuerzo de amiguitos que, libres por el jardín, habían acudido á las voces de la otra pandilla, anhelando verse, acercarse para jugar juntos. Lo peor era que habían tapiado la puerta, cansados de reñirles inutilmente sin lograr impedir que se acercaran unos á otros. Los Delaveau castigaban con seria prohibición hasta el llegar al extremo del jardín. En la Crécherie se procuraba hacerles comprender que iban á ser causa de algún disgusto serio, de una queja, tal vez de un pleito. Pero ellos no hacían caso, cándidos galopines que cedían á las fuerzas desconocidas del porvenir y se empeñaban en mezclarse, confundirse, fraternizando con total olvido de los rencores y de las luchas de clase.

Las voces agudas, puras, cristalinas, subían como cantos de alondra.

—¿Eres tú, Nisa? Buenos días Nisa.

—Buenos días, Nanet. ¿Estás solo, Nanet?

—¡Cál! No, tengo aquí á Luciano y Antonieta, y tú ¿estás sola, Nisa?

—¡Oh! Nó; con Luisa y Pablo. Buenos días Nanet, buenos días.

—Buenos días, Nisa.

Y á cada saludo repetido, risas sin fin y más risas, porque les parecía muy gracioso hablar así sin verse, como si las voces cayeran del cielo.

—Dí, Nisa, ¿estás ahí todavía?

—Sí, Nanet, todavía estoy aquí.

—Nisa, Nisa, oye, ¿no vienes?

—Ay Nanet, Nanet, ¿cómo quieres que vaya si han tapado la puerta?

—Salta, salta Nisa.

—¡Salta tú, Nanet, salta tú!

Y de golpe, el delirio; los seis repetían: ¡Salta! ¡salta! bailando delante de la pared, como si brincando cada vez con más fuerza hubieran de acabar por saltar tanto; que pudie-

ra verse y juntarse. Daban vueltas, bailaban agarrados, hacían reverencias al impassible muro y jugaban á hacerse muecas á través de las piedras con la fuerza de imaginación infantil que suprime los obstáculos.

Y volvió el cantar aflautado.

—Oye, Nisa, ¿sabes una cosa?

—No, Nanet, no sé.

—Pues bueno, voy á subirme sobre la pared y á cogerte por los hombros para pasarte acá.

—¡Oh! Éso, eso Nanet; sube Nanetín mío!

En un momento Nanet estuvo sobre la pared, trepando con pies y manos con agilidad de gato. Y, ya arriba, á caballo, era de ver con su cabeza redonda, sus grandes ojos azules, el pelo rubio alborotado. Ya tenía catorce años, pero era pequeño, de sólidos riñones, de aire sonriente y resuelto.

—¡Luciano! ¡Antonieta! vosotros, ojo alerta.

Inclinándose sobre el jardín de los Delaveau, muy ancho porque dominaba la situación y veía los dos lados á la vez, gritó:

—Sube, Nisa, yo te cogeré.

—¡Ay nó, la primera yo nó, Nanet! Yo seré la que esté alerta por este lado.

—¿Entonces, quién, Nisa?

—Espera Nanet, ten cuidado. Pablo subirá.

—Hay un enrejado. Vá á probar á ver si se rompe.

Hubo un silencio. Sólo se oía el crujir de madera vieja, mezclado con risas sofocadas. Se preguntaba Lucas si no debía presentarse para restablecer el orden espantando á las dos bandadas como á gorriones sorprendidos en una granja. Cuantas veces él mismo había reñido á aquellos niños temiendo que sus juegos obstinados fuesen causa de disgustos, pero era tan graciosa esta alegría infantil, este valor para juntarse apesar de los obstáculos. Un momento más y se decidiría á corregirlos.

Un grito de triunfo estalló, la cabeza de Pablo asomó

tras la pared y se vió que Nanet lo aupaba, despues lo pasaba al otro lado para dejarle caer en brazos de Luciano y Antonieta. Pablo, aunque tambien pasaba de los catorce, pesaba poco, delgado y delicado, hermoso niño rubio muy bueno, muy amable, con ojos de inteligencia. En cuanto cayó en brazos de Antonieta, la besó, pues la conocía bien y le gustaba encontrarse con ella, porque estaba alta y guapa para sus doce años y tenía mucha gracia.

—¡Ya está aquí, Nisa, ya ha pasado uno!

Nisa inquieta y procurando apagar la voz dijo:

—Chito, chito Nanet. Se mueve no se qué, junto al gallinero. ¡Echate sobre la pared, pronto, pronto!

Después, pasado el peligro.

—Atención Nanet. Ahora va Luisa. Voy á auparla yo. Y esta vez, en efecto, fué la cabeza de Luisa la que apareció; cabeza de cabra, de ojos negros, un poco oblicuos, nariz menuda, barba aguda de vivacidad y alegría graciosas. A los once años era ya una mujercita voluntariosa y libre que trastornaba á sus padres, los buenos Mazelle estupefactos de que tal salvaje, cuyo corazón rebosaba, hubiera podido germinar de su plácido egoísmo. No esperó siquiera á que Nanet la ayudase á bajar, saltó ella misma, cayó en brazos de Luciano, el camarada que adoraba, el mayor de todos, alto y fornido á los quince años como un hombre y que muy ingenioso, lleno de inventiva, le hacía juguetes extraordinarios.

—Ya van dos, Nisa. Solo faltas tú. Sube pronto. Todavía se mueve algo junto al pozo.

Crugió la madera; todo un trozo del espaldar debió de venir á bajo.

—¡Ay! ¡ay! Nanet, no puedo. Es que Luisa ha dado patadas y todo lo ha echado á tierra.

—Espera, no importa, dame las manos, Nisa, yo te subiré.

—No, no; no puedo; bien lo ves, Nanet, por más que me estiro; soy muy pequeña.

—Cuando te digo Nisa que yo te alzaré... Más, más. Yo me bajo, alzate tú, aupa! Ya ves cómo te subo. Se había puesto de bruces sobre la pared, solo se sostenía por un prodigio de equilibrio; y con un vigoroso esfuerzo de riñones levantó á Nisa y la puso á horcajadas delante de sí. Tenía ella el pelo mas alborotado que de costumbre, una cabeza rubia de cordero rizado, boca de rosa, siempre risueña, bonitos ojos azules color de cielo. Buena pareja ella y su amigo Nanet, los dos del mismo oro suave, con iguales guedejas que sacudían los cuatro vientos.

Un momento siguieron á horcajadas, frente á frente, triunfantes, entusiasmados viéndose en el aire.

—Ay que Nanet, que fuerza tiene; ¡parece mentira, y me ha subido!

—Es que has crecido mucho Nisa... Yo tengo catorce años, ya lo sabes.

—Y yo once Nanet... ¡Pero mira eh! parece que estamos á caballo, en un caballo muy alto de piedra.

—Oye, Nisa ¿quieres que me ponga de pie?

—¡Ay, sí, de pie! Yo también voy á ponerme, Nanet!

Pero otra vez se movió algo en el jardín. Ahora hacia la cocina; y asustados, se agarraron uno á otro y se dejaron caer estrechándose con todas sus fuerzas. Pudieron matarse. Pero reían como locos, y al verse en tierra, siguieron allí jugando, riendo con más fuerza, sin el menor daño, encantados con la voltereta. Ya Pablo y Antonieta jugaban locos corriendo entre la escalera y las rocas desprendidas que formaban allí, al pie de los Montes Bleuses, deliciosos escondites.

Lucas, viendo que era ya muy tarde para intervenir, se fué suavemente sin hacer ruido. Como no le habían visto, no se sabría qué había hecho la vista gorda.

¡Niños amados, que en buena hora obedeciesen al fuego de su juventud, juntándose así al aire libre apesar de las prohibiciones! Eran el florecer de la vida que ya sabía para que futuras cosechas florecía así, en ellos. Tal vez trae-

rán la reconciliación de las clases, el mañana de justicia y de paz. Lo que los padres no podían hacer, ellos lo harían, y sus hijos mejor todavía, gracias al continuo cambiar de la evolución que latía en sus venas. Y Lucas ocultándose para alejarse sin alarmarlos, reía solo, alegre al oírlos reír sin pensar en la dificultad que tendrían pronto para volver á saltar el muro. Jamás había tenido tanta esperanza en el porvenir entrevisto, tan bueno, jamás había sentido en sí tanto valor para la lucha y la victoria.

Vino entonces la lucha encarnizada, sin cuartel, de largos meses, entre la Crecherie y el Abismo. Lucas que había creído un momento vacilante la primera, cerca de desvanecerse en la ruina, puso todo su esfuerzo en mantenerla en pie.

No esperaba ganar terreno en mucho tiempo, quería no perderlo; ya fué un buen éxito quedar estacionario, viéndolo apesar de todo bajo los golpes que le abrumaban por todas partes, pero ¡qué iormidable faena, que alegre bazaría en el trabajo! Era sin cesar el apóstol de una idea, en su prodigio. Estaba en todas partes á la vez, entusiasmado á los obreros en los talleres de la fábrica, estrechando los lazos fraternales de grandes y pequeños en la Casa-Comunal, atento á la buena administración en los Almacenes. No se veía más que á él en las anchas calles llenas de sol de la Ciudad naciente, en medio de niños y mujeres, ganoso de jugar y reír, como padre joven de este pequeño pueblo que era suyo. A un ademán de Lucas todo nacía, crecía, se organizaba, gracias á su genio, á su fecundidad de creador de cuyas manos abiertas caían semillas por donde quiera que pasaba.

Y el mayor milagro fué la conquista de sus obreros, entre los cuales la discordia y la rebelión habían alentado un momento. Aunque Bonnaire seguía no pensando como él, había conquistado el afecto de este hombre tan bravo, tan bueno, hasta el punto de encontrar en él el lugarteniente más fiel, más abnegado, sin el cual la empresa no

hubiera podido cumplirse. Así mismo, su fuerza de amor había obrado sobre todos los trabajadores, todos se habían agrupado poco á poco estrechándose en torno de su persona al verle tan cariñoso, tan fraternal, no viviendo más que para la dicha ajena, seguro de encontrar en ella la propia. El personal de la Chécherie iba siendo una gran familia unida por lazo cada vez más estrecho; cada cual había acabado por comprender que era trabajar por su propio contento, trabajar por el de todos. En seis meses ni un obrero dejó la casa, y si los que habían marchado aún no volvían, los que quedaban se sacrificaban hasta el punto de no recoger la totalidad de sus beneficios, para permitir á la Casa constituir un fondo de reserva considerable y sólido.

En esta época crítica, esta solidaridad de todos los miembros asociados luchando por la obra común, fué sin duda la que salvó á la Crécherie impidiéndole hundirse bajo la maldición del egoísmo y la envidia del antiguo Beauclair. El fondo de reserva con tal prudencia acumulado, aumentado, fué un auxilio decisivo. Permitted hacer frente á los días difíciles, evitó recurrir durante las crisis á mortales empréstitos. Gracias á él se pudo por dos veces comprar máquinas nuevas, necesarias por los cambios en la fabricación, y que bajaron mucho los precios de fábrica. Después ayudó la buena suerte; hubo por aquel tiempo grandes trabajos de puentes, construcciones metálicas, ferrocarriles que exigieron cantidades considerables de railes, vigas y armaduras. La larga paz en que vivía Europa desarrollaba singularmente la industria del hierro en lo que puede producir de pacífico y civilizador. Nunca hasta entonces había el hierro entrado por tanto en la habitación humana. Había aumentado pues, la fabricación en la Crécherie, sin grandes ganancias, pues Lucas quería producir á buena cuenta pensando en el porvenir. Fortalecía la fábrica con una administración muy juiciosa, continuas economías y toda aquella reserva de dinero en caja

pudiendo entrar en línea de combate á la primera amenaza. La devoción de todos á la causa común, la abnegación solidaria de los trabajadores, de los asociados, dejando su parte, hacían lo demás, permitiendo esperar el día del triunfo sin sufrir demasiado.

En el Abismo, la situación seguía más floreciente, la cantidad de negocios no había bajado y seguía la buena fama del éxito por la fabricación cara de granadas y cañones. Pero ya no había en ello más que una apariencia y Delaveau comenzaba á sentir á veces serias inquietudes que no confesaba. Tenía consigo á todo Beauclair, á toda la sociedad burguesa y capitalista amenazada. Seguía además convencido de que él era la verdad, la autoridad, la fuerza; y la victoria final segura.

Pero así y todo ya le corroía una duda secreta; lo dura que tenía la vida la Crécherie, cuya ruina profetizaba cada tres meses, le turbaba. No podía luchar en el hierro y acero del comercio con los railes, vigas y armaduras que la fábrica vecina producía baratos y en excelentes condiciones.

Solo le quedaban los aceros finos, los productos cuidados á tres y cuatro francos el kilo, que dos casas muy importantes fabricaban también en un departamento vecino. Se hacían una terrible competencia; veía que sobraba una de las tres y la cuestión era saber cuales serían las que se comerían á la otra. Debilitado por la Crécherie giría á ser el Abismo la casa condenada á desaparecer? Esta duda le roía siempre, y aunque redoblaba su actividad, guardando una actitud de serena confianza en la buena causa, esta religión del salario de que era el defensor. Pero más que esta competencia, y los azares de las luchas industriales, le preocupaba el no verse apoyado por un fondo de reserva que le permitiera hacer frente á las necesidades en las catástrofes imprevistas. Si se declaraba una crisis, un paro, una huelga, simplemente un mal año, ya sería un desas-

tre pues la fábrica no tendría con que vivir esperando la vuelta de los negocios. Ya en un caso de apuro, para adquirir nuevas máquinas, había habido que tomar prestados trescientos mil francos cuyos intereses eran gravosos ahora en el balance anual. ¿Y qué sería si había que seguir pidiendo prestado ahora y siempre hasta el salto final en la sima de la deuda?

Por este tiempo; procuró Delaveau llamar á la razón á Boisgelin. Cuando había decidido á este á confiarle los restos de su fortuna, le había prometido, si compraba el Abismo ganarle grandes intereses que le permitirían continuar su vida lujosa. Pero ante las dificultades deseaba verle bastante razonable para reducir su tren durante algún tiempo, con la seguridad de volver á él y aun aumentarlo en cuanto la fortuna volviera á ser propicia. Si Boisgelin hubiera consentido en no sacar más que la mitad de los beneficios, se hubiera podido constituir el famoso fondo de reserva, atravesando el Abismo, victorioso, los años malos. Pero el primo era intratable, lo exigía todo, no quería suprimir nada de sus recepciones, de sus cacerías, de la vida que llevaba, cada vez más dispendiosa. Reñían á veces. Si el capital amenazaba no sudar mas los intereses esperados, si la carne de trabajo, los obreros, no bastaban ya para mantener al ocioso en su lujo, el capitalista acusaba al director industrial de no cumplir sus promesas queriendo mermarle la renta. Y Delaveau irritado, desesperado por la imbecilidad de esta ansia de goces, no sospechaba nada de su mujer, Fernanda, no la veía detrás del fátuo buen mozo; no veía á la corruptora, la que lo devoraba todo en caprichos y locuras. Ardía en fiestas la Guerdache; Fernanda gozaba allí desquites tan deliciosos, se embriagaba con tales triunfos que detenerse en su alegría la hubiera parecido perderse. Ella misma irritaba á Boisgelin diciéndole que su marido decaía, que no sacaba de la fábrica todo lo que se podría, y según ella la única manera de aguijonearle era acosarle pidiéndole dinero. La

actitud de Delaveau hombre autoritario que jamás hacía de las mujeres confidentes, ni aún de la suya, aunque la adoraba, había acabado por convencerle de que estaba en lo cierto y de que si quería más tarde realizar su sueño, volver á Paris con los millones conquistados, había que pinchar sin descanso á su marido, y devorarlo todo para centuplicarlo todo.

Sin embargo, una noche Delaveau se clareó sin querer delante de Fernanda. Volvían de una cacería, de la Guerdache, durante la cual Fernanda, cuyo mayor placer era galopar á caballo, había desaparecido con Boisgelin. Había habido luego una gran comida y era más de media noche cuando el matrimonio volvió al Abismo en carruaje. La joven que parecía muerta de cansancio, como ahita de los ardientes placeres que eran su vida, se apresuró á desnudarse, deliciosa en su fatigada desnudez; luego se estiró bajo el abrigo de su lecho, mientras su marido, sin prisa, se desnudaba metódicamente dando vueltas por el cuarto, colérico y preocupado.

—Dime tú,—preguntó al fin,—¿no te ha dicho nada Boisgelin cuando desaparecisteis juntos?

Sorprendida, Fernanda, abrió los ojos que ya se le cerraban.

—No,—respondió,—nada importante á lo menos... ¿qué quieres que me dijera?

—¡Ah!—prosiguió Delaveau,—es que antes habíamos tenido una discusión. Ha vuelto á pedirme diez mil francos para fin de mes. Y esta vez me he negado en redondo; es imposible; una locura.

Levantó ella la cabeza, brillantes los ojos.

—¿Cómo una locura? ¿Por qué no le das esos diez mil francos?

Era ella precisamente quien había apuntado á Boisgelin esta nueva petición, para la compra de un automóvil eléctrico en el cual tenía el ardiente capricho de hacerse pasear con loca velocidad.

—Pues,—gritó Delaveau, confesando sin querer,—por que ese imbécil acabará por arruinar la fábrica con sus continuos gastos. Saltaremos si no se decide á reducir su tren. Y es una necedad ese continuo holgorio, su vanidad estúpida de que se lo coma todo el mundo.

De un salto se había ella incorporado, algo pálida, mientras que él agravaba aún su confidencia añadiendo con su ruda candidez de marido ciego.

—Solo hay una persona razonable en la Guerdache, la pobre Susana, la única que no se divierte. Dá lástima verla tan triste; y al rogarla yo hoy que interviniera con su marido, me ha contestado, ahogando las lágrimas, que no quería mezclarse absolutamente en nada.

Esta torpe alusión á la mujer legítima, á la sacrificada, tan digna y tan alta en su renunciamento, acabó de exasperar á Fernanda. Pero, sobre todo, la idea de que la fábrica pudiera estar en peligro, la misma fuente de sus placeres, la inmutaba. Volvió al asunto.

—¿Que vamos á tronar? ¿Por qué dices eso?... Yo creía que los negocios iban muy bien.—Había puesto tal pasión inquieta en la pregunta que Delaveau desconfiando, temiendo verla ámplificar los temores que se ocultaba á sí mismo, no dijo la verdad total cuya confesión iba la cólera á arrancarle.

—Claro que los negocios van muy bien. Pero irían mejor todavía si Boisgelin no vaciase la caja, para la vida de idiota que lleva. ¡Te digo que es estúpido con su pobre mollera de guapo mozo!

Tranquilizada, volvió Fernanda á tenderse con un gracioso movimiento de su cuerpo adorable, tan fino y esbelto. Su marido no era más que un espíritu grosero, brutal, avaro que soñaba con soltar lo menos posible de las sumas considerables que tenía la fábrica en caja; y las bromas pesadas, las palabrotas con que perseguía á Boisgelin eran otros tantos ataques indirectos que la herían personalmente.

—Querido,—concluyó con sequedad,—no todo el mundo está hecho para embrutecerse en el trabajo todo el día, y los que tienen dinero hacen bien disfrutándolo como quieren y gozando las distracciones de una existencia superior.

En el primer ímpetu quiso Delaveau responder; pero consiguió contenerse con gran esfuerzo. ¿A qué intentar convencer á su mujer? La trataba como á niño mimado, dejándola obrar á su antojo sin que en ella le enojasen nunca errores de conducta que en otros reprobaba con calor. Ni aun advertía su vida loca, pues ella misma era su locura, la joya que había querido en sus groseras manos de gran trabajador. Nunca la había amado, deseado más, cuando de noche la encontraba en el lecho llena de exquisito encanto, de un perfume embriagador, después de las ásperas jornadas que pasaba él en medio del humo acre de los trabajos negros que aturdían, del Abismo. Seguía siendo ella su admiración, su adoración, el ídolo que se pone á parte en una abdicación supersticiosa de la dignidad y el buen sentido y del cual no cabe dudar ni sospechar. Guardaron silencio y Delaveau por fin se acostó también sin apagar todavía la lámpara eléctrica puesta sobre la mesita de noche. Permaneció un momento inmóvil con los ojos muy abiertos. Sentía cerca de sí el tibio calor, el olor penetrante de aquel cuerpo de mujer cuyo seno y brazos desnudos, entre encajes, tenían la suavidad de la seda. Ya Fernanda se dormía, había cerrado los ojos y su hermoso rostro pálido por el cansancio aparecía más apetecible en medio de las ondas del cabello desatado.

Se volvió el marido y besó un mechón suelto cerca de la oreja. Como ella no se meneaba, la creyó enfadada y quiso agradarla mostrando que comprendía las flaquezas del lujo.

—¡Sea todo por Dios! Yo le daré esos diez mil francos ya que tanta gana tiene de un automóvil. Lo que digo es por prudencia... Hermosa cacería la de hoy.

Seguía ella sin responder. De su boquita roja, algo entreabierta, que dejaba ver los dientes fuertes y brillantes salía un aliento caliente, regular; mientras el seno levantaba sus puntas de rosa en una leve palpitación como oprimido por larga fatiga de amor. Dormía, rendida, medio desnuda; había sacudido una punta del cobertor y fermentaba la embriaguez de los placeres de aquel día.

—Fernanda, Fernanda,—dijo suavemente Delaveau tocándola otra vez con los labios.

Convencido de que dormía, se resignó, renunció.

—Pues entonces buenas noches, Fernanda.

Después de apagar la luz, se tendió de espaldas. Pero él no podía dormir y siguió con los ojos abiertos en la obscuridad. Febril, insomne junto á aquella mujer tibia y bien oliente volvió á sus temores, á la ansiedad que le causaba la crisis de la fábrica. En este estado doloroso de vigilia se agravaban las dificultades; nunca había visto el porvenir con semejante lucidez, desde puntos de vista tan sombríos. Clara se le ofrecía la causa de la ruina, la locura de gozar, la enfermiza impaciencia de gastar el dinero apenas ganado. De seguro en alguna parte había una sima que se tragaba la fortuna, una llaga abominable por la cual se escapaban toda la salud y toda la ganancia del trabajo. Muy franco consigo mismo, hacía exámen de conciencia y nada encontraba que reprocharse. En pie muy temprano era el último en dejar los talleres de noche, siempre vigilante, conduciendo su numeroso personal como si fuera un regimiento. Y además un esfuerzo sostenido de todas sus notables facultades, mucha rectitud en su rudeza, una rara potencia de método y de lógica, una lealtad de combatiente, que ha prometido vencer, que quiere vencer ó sucumbir. Y padecía mucho sintiéndose resbalar hacia el desastre, apesar de su heroísmo, por una destrucción lenta de todo lo que creaba, por un estrago cotidiano que venía no sabía de donde y que su energía no podía contener. Sin duda los continuos gastos, lo que él lla-

maba la vida de imbécil de Boisgelin, el ansia glotona del placer, era el cáncer que devoraba la fábrica. ¿Pero quién le embrutecía así? ¿Quién alentaba la demencia del pobre hombre que él no acertaba á comprender, como juicioso trabajador, sóbrio, continente, que odiaba la ociosidad y los goces que destruían toda salud creadora?

No sospechaba Delaveau que quien demolía, envenenaba, vivía á su lado el día entero, que era su Fernanda adorada, tan bonita, delicada y esbelta, dormida á su lado y cuyo tibio perfume le embriagaba de amor. Mientras él se afanaba entre el humo y el calor de los hornos haciendo sudar el dinero con dolor á sus obreros, ella lucía sus claros trajes bajo las umbrías de la Guerdache, lanzaba el oro á los cuatro vientos, y con sus dientes blancos mascaba como pastillas cientos de miles de francos que mil jornaleros le forjaban entre el estrépito de los grandes martillos. Y aquella misma noche, mientras él se atormentaba pensando en como buscar recursos para los próximos pagos, dormía ella á su lado, carne con carne, abrumada por la voluptuosidad, cansada de haber gozado. A veces su deseo varonil volvíase hacia la compañera, que era suya y cuyo espíritu desconocía absolutamente. Sentíala á su lado en completo abandono, pudiendo poseerla sin que ella lo notara tal vez. Luego volvíase á las angustias de su batalla industrial. Y no era ella más que una niña inconsciente cuyo sueño respetaba como toleraba sus caprichos, no llegando jamás al fondo de aquel cuerpo divino, ídolo de su culto. Se durmió al fin y soñó que bajo el Abismo había fuerzas perversas y diabólicas que iban comiendo el suelo para que la fábrica entera se hundiese en una noche fulgurante de tempestad.

En los días siguientes Fernanda se acordó de los temores que su marido le había manifestado. Aun dando lo suyo á lo que ella creía su amor al dinero amontonado, su odio al lujo, todavía tembló pensando en la ruina posible. Arruinado Boisgelin ¿qué sería de ella? No era solo el fin

de esta vida alegre, el desquite de su miseria antigua cuando mostraba botinas descarcañaladas, bajo la explotación brutal de los hombres. Era además la vuelta á París vencidos por la suerte, una vivienda de mil francos en le fondo de algún barrio excéntrico, un empleillo en que Delaveau vegetaría mientras que ella volvería á caer en la grosería, en la bajeza de un ajuar de trabajadores. ¡No, no! No consentía, no se dejaría arrancar la presa dorada; con todas sus carnes se agarraba al triunfo, con todas las fuerzas ávidas de su sér. En aquel cuerpo tan fino y delicado, bajo la gracia ligera, había una fiebre de loba de furiosos instintos carniceros. Estaba resuelta á saciar sus apetitos hasta el fin sin perder ni comprometer nada. Despreciaba la fábrica fangosa y negra en que oía día y noche forjarle su placer á los obreros que tostaban la piel para que ella tuviese una vida de pereza fresca y feliz; en aquel bajo oficio los veía como animales domésticos que la sustentaban, que le evitaban toda fatiga. Jamás manchaba sus pies menudos en el fangal de los cobertizos; nada le importaba el rebaño humano que desfilaba ante su puerta agobiado por el trabajo maldito. Pero el rebaño era suyo, la fábrica suya, la idea de que la agotaran su fortuna arruinando la fábrica, la sublevaba, la lanzaba á la guerra como un atentado contra su persona. Quien dañaba al Abismo era su enemigo, un malhechor peligroso de quien había de librarse por cualquier medio. Por eso había ido creciendo su odio á Lucas desde que lo había visto por vez primera en aquel almuerzo de la Guerdache, adivinando en él con sutil olfato de mujer al hombre que se le atravesaba en el camino. Siempre era el obstáculo. Y ahora amenazaba destruir el Abismo y lanzarla á ella á las molestias de la mediocridad. Si le dejaba hacer, adiós felicidad, la robaba lo que amaba más en la vida. Furiosa, bajo tanta gracia, ya solo pensó catástrofes para aniquilarle.

Pronto haría ocho meses, en una noche postrera de ter-

nura, Josina había dicho adiós á Lucas aplazando la dicha que la vida les debía, cuando estalló un drama que había de dar á Fernanda ocasión para la catástrofe soñada, esperada. Josina había salido fecundada de los brazos de Lucas en aquella noche tan triste y deliciosa. Estaba en cinta y en cinco meses Ragú no lo notó siquiera; pero un día, borracho, quiso maltratarla y lo comprendió todo por el ademán de terror que hizo ella defendiendo el vientre. Primero, de estupor, quedó inmóvil.

— ¡Estás preñada, preñada, cerda!... Por eso andabas con tapujos y no te mudabas la camisa delante de mí... ¡Tan bruto soy yo, que no ví nada, como tú tramposal

Como un relámpago atravesó su mente la seguridad de que aquel hijo no podía ser suyo. Nunca tocaba en ella, como él decía, más que para el placer, muy seguro de sus radicales precauciones. Nada de hijos que eran grilletes. Divertirse juntos, y á vivir tropa; fuera estorbos. ¿De dónde venía entonces aquel hijo? ¿Quién lo había hecho? y otra vez apretó los puños rugiendo de cólera.

— Eh, puerca, ¿no se habrá hecho él solo? ¿No te atreverás á decir que es cosa mía? Bien sabes que nunca he querido hijos... ¿De quién es? Responde, responde; responde pronto, ¡indecente! ó te aplasto!

Josina muy blanca, con los suaves ojos valientes, fijos en el borracho, no respondía. Había algo de asombro en su temor al verle enfurecerse así, pues parecía que ya nada le importaba ella, y todos los días la amenazaba repitiendo que se vería libre si otro la recogía en el arroyo. El había vuelto á la mala vida, seducía á las infelices obreras que querían oírle; se contentaba con las vagabundas andrajosas esparcidas de noche por las calles pestíferas del viejo Beaclair. Entonces, ya que la insultaba no queriendo nada de ella, ¿por qué se enfurecía de tal modo al saber su estado?

— No es mío, no osarás decir que es mío.

Respondió ella al fin sin quitarle los ojos, en voz baja y profunda:

—No, no es tuyo.

De un puñetazo quiso derribarla. Pero retrocedió y solo le rozó el hombro. Bramaba.

—¡Y te atreves á decirme eso, cochino pendón!... ¡Y el nombre de ese hombre! dime el nombre para ir á contarle un cuento!

Tranquila respondió ella:

—El nombre no te lo diré; no tienes derecho á saberlo, pues me has dicho veinte veces que estabas harto de mí y que podía arreglármelas por otra parte.

Y añadió:

—No has querido un hijo mío; yo tengo uno de otro, y ese es mi marido ahora; y nada te importa.

La hubiera matado. Tuvo que huir para evitar las patadas con que procuraba el malvado, con atroz idea, herirla en mitad del vientre. Lo que así le enfurecía era lo que acababa de decir de que otro la había hecho madre, y que en adelante nada de lo de ella le importaba, ni de su cuerpo ni de su vida. El que no había querido hijos, se sentía mordido por un dolor sordo, á la idea de no ser él el padre. Comprendía que no era suya; que nunca lo había sido. Otro se la había cogido antes que la hubiera hecho suya; ahora ya nunca lo sería. Esto era lo que confusamente le exaltaba con celos feroces, cuya tortura no conocía ni hubiera creído que podría conocer. Desde entonces, esta mujer que antes quería echar á la calle, que abandonaba por inmundas perdidas, la encerró, la vigiló, con accesos de furor siempre que la veía hablar con un hombre. La cólera de lo irreparable le arrastraba á continuas violencias, y lastimaba aquella carne cuya posesión se le escapaba por su culpa. Y siempre volvía, en su orgullo herido de macho que no había sabido crear la vida, á su rencor contra el otro, el desconocido que había hecho de esta carne una dependencia de su propia carne.

—Dime el nombre, dime el nombre, y te juro que te dejo en paz.

Pero ella no accedía. Soportaba las injurias y los golpes respondiendo con suave sinceridad:

—No necesitas saber el nombre; no te importa.

Ragú no podía sospechar de Lucas, ni se le pasó por las mientes, pues nadie, fuera de Sœurette, había sorprendido las visitas de Josina. Buscaba entre los compañeros, creyendo en un abandono de un momento. Un día de paga, cuando el vino calienta la sangre. Todo en vano; espío, interrogó, sólo llegó á exasperarse más.

En tanto, Josina se ocultaba de todos temiendo que Lucas pudiese tener un disgusto, por su preñez, si el secreto se descubría. Cuando tuvo la certeza de estar en cinta de él, se sintió primero llena de una alegría inmensa; hubiera querido correr á anunciarle la gran noticia, la buena nueva, segura de hacerle también dichoso. Después pensó inquieta que debía esperar para no precipitar alguna catástrofe en los días difíciles para la Crêcherie. Una casualidad hizo saber á Lucas la venida del hijo bien amado de que era padre. Un día, acompañando á Bonnaire, llegó á su casa charlando y oyó á la Pelos contar á un corro de comadres que su cuñada estaba embarazada, noticia que acompañaba de venenosos comentarios dando á entender cosas abominables. Quedó sobrecogido, el corazón le latía con fuerza. A veces Josina venía á la Crêcherie á buscar á Nanet, que pasaba allí días enteros; y aquel día justamente se presentó en el momento en que se trataba de su preñez y tuvo que responder á las preguntas. Sí, iba á cumplir los seis meses y ya se notaba mucho. Pero había visto á Lucas y adivinándole tembloroso, aturdido en su silencio, la atormentaba el no poder hablar, no saber cómo gritarle lo que la hacía tan feliz. Adivinaba desesperada la duda terrible y sabía que con una sola palabra le hubiera calmado, encantado. La frase subía de su corazón, la ahogaba: «¡Es tuyo!» De un modo delicioso, pudo decirselo en